

Mientras tanto promulgaba Mons. Odescalchi un jubileo plenísimo que concedió el Santo Padre a todo el que fuese en la Armada confesado y comulgado y rogase a Dios por la victoria contra los turcos. Ayunó todo el ejército durante tres días para prepararse a ganar aquellas gracias espirituales, y no quedó soldado, marinero ni galeote que no confesase y comulgase y recibiese de manos del Nuncio un *Agnus Dei* de cera, bendito por el Papa, dando el primero y principal ejemplo el Generalísimo D. Juan de Austria con todos los jefes oficiales. Organizóse luego una solemne procesión de rogativa, y revestido el Nuncio de Pontifical, concedió desde el altar mayor a todos los que habían de combatir, las mismas gracias que concedía la Iglesia a los conquistadores del Santo Sepulcro.

El 16 de Setiembre salió al fin la flota de Mesina con rumbo a Corfú, y el Nuncio, colocado a la boca del puerto en un bergantín, iba bendiciendo una a una todas las galeras conforme pasaban.

regaló al Sr. D. Juan de Austria después de la famosa batalla de Lepanto; y su Alteza se lo presentó a la Excma. Sra. D.^a Magdalena de Ulloa, insigne fundadora de aquel Colegio, que había criado al Sr. D. Juan en aquella villa. Yerra sin embargo el P. Isla al decir que el relicario fué enviado a D. Juan después de la batalla. Enviólo D. Juan, en efecto, a D.^a Magdalena después de la batalla; pero envióselo a él San Pío V antes de ella para que lo llevase al cuello en aquellos supremos momentos.



VIII



AMINABA la flota con grandes precauciones para prevenir cualquiera sorpresa del turco, puesta en el orden y formación trazados por D. Juan y comunicado por escrito a todos los Maestres de Campo, Coroneles, Capitanes, Sargentos Mayores y demás oficiales. Iba a la vanguardia D. Juan de Cardona, con siete galeras, tres de Sicilia y cuatro venecianas. Seguía a veinte millas durante el día y ocho por la noche el ala o cuerno derecho, de cincuenta galeras, a las órdenes de Juan Andrea Doria. Venía detrás el cuerno izquierdo, de cincuenta y tres galeras, capitaneado por el Proveedor general Agostino Barbarigo. Navegaba después el centro o cuerpo de batalla, de sesenta y dos galeras, mandado por el Generalísimo D. Juan de Austria: a la derecha de la Real iba la Capitana de Marco Antonio Colonna, y a la izquierda la de Sebastián Veniero. A una milla de distancia venía la retaguardia, de treinta galeras, mandada por el Marqués de Santa Cruz. Ninguno de estos cuerpos hallábase formado por galeras de una sola nación, sino

mezcladas y entreveradas las de todas ellas, y tampoco llevaban banderas propias sino solamente la del color designado por el Generalísimo, para distinguirlas y combinarlas. Las de Doria eran verdes, amarillas las de Barbarigo, azules las de D. Juan, y las del Marqués de Santa Cruz eran blancas. La Real y las Capitanas llevaban en vez de estas banderas, largas flámulas del color respectivo, izadas en el mástil.

Fondeó la flota aquella noche en las Fosas de San Juan, y al amanecer armóse una tienda de campaña en la playa, frente a la galera Real, y celebróse antes de zarpar el santo sacrificio de la Misa, por no ser lícito en aquel tiempo celebrarlo a bordo. Al alzar la hostia fueron tales los gritos y clamores con que pidió toda la flota al Dios de las batallas el triunfo de la que perseguía, que dominaron por completo el estruendo de las cajas y clarines y las salvas de artillería que retumbaban majestuosamente en las cóncavas olas.

El 28 de Setiembre a las diez de la mañana fondeó la Armada de la Santa Liga en Corfú: no se tenían allí noticias del paradero del turco, mas veíanse por todas partes en la isla las huellas devastadoras de su paso. Envió entonces D. Juan a Gil de Andrade con cuatro galeras en busca de noticias, y aprovechó el tiempo mientras tanto embarcando el considerable refuerzo de artillería, municiones, viatura y soldados de desembarco que les tenían allí preparado los venecianos.

El 28 por la noche llegó a Corfú una fragata enviada por Gil de Andrade desde Cephalaria: traía la noticia de que los turcos estaban en Lepanto y huían sin duda la batalla, y se retiraban a cuarteles de invierno, porque su Generalísimo Alí-Pachá había despedido al Virrey de Argel Aluch-Alí con sus ciento diez galeras: quedaba reducida por lo

tanto la flota otomana a ciento ochenta galeras: mas eran por desgracia completamente falsas estas noticias. Cierto era que la Armada otomana se hallaba en Lepanto, éralo también que el Virrey de Argel Aluch-Alí se había separado de ella con sus galeras; pero fué esta ausencia momentánea, para hacer reconocimientos en el archipiélago, y de vuelta ya en Lepanto, hallábase allí la flota íntegra, pujante, muy superior a la cristiana y tan lejos de huir la batalla que se disponía a la sazón a provocarla. Este engaño de los cristianos y otro análogo en que, como veremos después, cayeron al mismo tiempo los turcos, fueron sin embargo el medio sencillísimo de que se valió la Providencia para que se llevase a cabo aquel combate decisivo entre la Cruz y la media luna, que de otra manera no hubiera tenido efecto.

Satisfecho D. Juan con estas noticias mandó tocar zafarrancho de combate en las galeras, y de acuerdo esta vez todos los Generales, decidióse hacer aguada en Gomenizza mientras no permitiera el viento, a la sazón contrario; tomar el rumbo de Lepanto. Hállase la bahía de Gomenizza en la costa albanesa, a unas treinta millas al sudeste del puerto de Corfú, y allí trató por última vez la discordia de desbaratar los planes que tan suavemente iba Dios desarrollando. Fué esto el 2 de Octubre y habíase ya dado orden de tenerlo aparejado todo para hacerse a la vela al amanecer del día siguiente. Reinaba, pues, en todas las galeras el trastorno y confusión que traen siempre consigo semejantes maniobras, y en la veneciana *El Águila*, cuyo capitán era el caballero candiota Andrés Calergi, trabáronse de palabra dos arcabuceros españoles con un marinero veneciano por si les había éste tropezado o no con el cabo de una verga: hizose general la contienda por la mala voluntad que tenían a los arcabuceros españoles los marineros

venecianos, que les miraban como intrusos en sus barcos, y agravólo todo el tomar parte por aquéllos su capitán Muzio Alticozzi, hombre pendenciero y de mala cabeza, que había ya tenido que ver con la justicia: pasaron, pues, de las palabras a los golpes y de éstos a las armas con tal rabia y empuje, que en pocos momentos quedó el puente cubierto de muchos heridos y algunos cadáveres.

Acudió el *Ammiraglio* o jefe de policía con cuatro cómitres enviados por el propio Sebastián Veniero para poner paz, prender a Muzio y terminar la contienda. Mas no era Muzio hombre que se dejaba prender fácilmente, y asiendo del primer arcabuz que halló a mano tendió al *Ammiraglio* muerto de una bala en el pecho y puso en fuga a los cómitres, heridos dos de ellos. Volaba mientras tanto el Coronel de los arcabuceros, Paolo Sforza, a la Capitana de Veniero solicitando ir en persona a calmar a los suyos, y ciego ya de ira el viejo veneciano, amenazóle con echarle al agua y echar también a pique su galera, y mandó abordar su Capitana a la que era teatro de la lucha. Entró en ella al abordaje al frente de sus marineros: prendió a Muzio y a otros dos españoles más alborotados, y antes de diez minutos pudo contemplarles la flota ahorcados a los tres de una entena.

El atentado de Sebastián Veniero contra el derecho de administrar justicia, exclusivo del Generalísimo, resultaba tan enorme y tan grave era la ofensa que infería a la persona de D. Juan de Austria y de su representado el Rey de España, que al aparecer los tres cuerpos bamboleándose en el espacio hubo en toda la flota un minuto de pavoroso silencio: la misma idea y la misma adivinación del peligro cruzó todas las mentes y encogió todos los corazones, y sin voz de mando, ni palabra que se cruzase, ni señal que se hiciera, vióse a las galeras venecianas agruparse lenta-

mente en torno de la de Veniero, y a las españolas y pontificias replegarse hasta rodear la del Generalísimo D. Juan de Austria, cargando en tanto los artilleros sus cañones, empuñando la marinería sus hachas y cogiendo los soldados, sin decir palabra, sus picas y arcabuces... Un tiro escapado, un grito subversivo, y deshecha la Liga Santa se destrozan y hacen allí añicos cristianos contra cristianos... ¡Y estaban los turcos a una milla de distancia y atravesábanse allí el porvenir de la Europa entera y el triunfo de la Cruz Santa!...

Hallábase D. Juan sobre cubierta con Juan de Soto y el Príncipe de Urbino divirtiéndose con una monilla, que era para él de grande entretenimiento, cuando llamaron su atención los tiros y el vocerío. Preguntó al punto la causa del alboroto, y antes de que pudieran darle razón alguna precipitóse en la Real el Coronel Paolo Sforza, lívido de ira, echando lumbre por los ojos y pidiendo con destempladas voces justicia contra las injurias que Sebastián Veniero le hiciera... Escuchábale D. Juan atónito, sin querer dar crédito a lo que oía, cuando vió elevarse lentamente en la galera *El Aguila* la entena de que colgaban ahorcados los tres arcabuceros españoles... Tuvo entonces un movimiento de furor inmenso que le hizo dar vueltas por el puente como fiera enjaulada, barbotando palabras que parecían rugidos de león que lleva clavado un dardo en los hijares. Rodeáronle al punto los Capitanes españoles ebrios de ira, pidiéndole los más moderados que embistiese con la Real la Capitana veneciana y arrojase a Veniero cargado de cadenas en el fondo de la cala. Abordaron al mismo tiempo la Real por dos partes opuestas Marco Antonio Colonna y un viejo corpulento y vigoroso con muy grandes bigotes, que era Agostino Barbarigo, y llegáronse a D. Juan con muy grandes extremos pidiendo paz, ofrecien-

do explicaciones, derramando lágrimas... Escuchábalas don Juan echado de bruces sobre la borda de babor, clavándose las uñas en el pecho hasta hacerse sangre, y tales cosas hicieron y dijeron aquellos dos hombres valientes y honrados, que la cólera del Generalísimo se apagó, no poco a poco, sino de un golpe, como se apaga de repente la ráfaga huracanada cuando Dios le corta las alas, y libre ya su grande alma de las cadenas con que el furor la aprisionaba, volvióse a sus Capitanes que amotinados casi pedían exterminio y venganza, y díjoles reposadamente:—Sé mejor que nadie lo que debo al Rey mi hermano y a Dios que me ha puesto en esta empresa...

Y mandó entonces a Barbarigo decir a Sebastián Veniero que volviese sin tardanza a su puesto en la Capitana; que jamás apareciese a bordo de la Real, pues desde aquel momento le sustituía en el Consejo, a nombre de Venecia, el mismo Barbarigo, y que lo aparejase todo para zarpar aquella noche con rumbo a Lepanto.

En el diario llevado a bordo de la Real por el confesor de D. Juan de Austria, Fray Miguel Serviá, dice después de referir estos sucesos: «Este mismo día (3 de Octubre) por orden de Su Alteza se echó un bando que ningun soldado disparase arcabuz so pena de la vida; y anduvo Su Alteza de galera en galera dando órdenes en lo que hacerse habia».



IX



HABÍAN reforzado mientras tanto los turcos su flota hasta el punto de tener repartidos en sus doscientas noventa galeras 120.000 hombres entre gente de guerra y de remo. Habíanla dividido también, lo mismo que los cristianos, en tres cuerpos: el centro, mandado por el gran Almirante Alí-Pachá, mozo arrogante, de más valor que prudencia, en todo el verdor de su juventud y de su privanza con Selim II: el ala derecha a las órdenes del Rey de Negroponto, Mahomet Scirocco, hombre maduro y sesudo, valiente y experimentado al mismo tiempo, y el ala izquierda mandada por el Virrey de Argel Aluch-Alí, dicho *El Fartass*, esto es, el tiñoso, antiguo renegado calabrés, viejo de sesenta y ocho años, prudente, valeroso y astuto, curtido en aquellos mares por la piratería durante más de cuarenta años.

Recibió Alí-Pachá en Lepanto un mensaje de Selim II, muy de su gusto, mandándole dar la batalla, y a este propósito reunió el 4 de Octubre a bordo de su galera *La Sultana* el Consejo de guerra. Componiase éste de los dos Generales de la flota Mahomet Scirocco y Aluch-Alí, del Serasker o General de las tropas embarcadas Perter-Pachá

y de varios grandes dignatarios del Imperio, hasta el número de veinte, entre los cuales se contaban el antiguo rey de Argel Hassen-Pachá y dos hijos de Alí, niños todavía, Ahmed-Bey, de dieciocho años, y Mahomet-Bey, de trece, que con su ayo Alhamet montaban una galera.

Era indudablemente la flota turca muy superior a la cristiana, mas consistía quizá la mayor de sus ventajas en no estar formada como ésta de elementos diversos que pudieran tener, como en efecto tenían, intereses distintos y aun opuestos.

Lejos de eso, eran los turcos todos vasallos de un mismo señor, y no ambicionaban ni perseguían la gloria y el poder sino de un solo imperio. A pesar de todo, la orden de Selim II mandando dar la batalla encontró en el Consejo valientes impugnadores y fué el primero Aluch-Alí, el tiñoso, que con muy graves razones sacadas de su experiencia en guerra de cristianos, hizo patente las quiebras que pudiera traer una derrota. Apoyáronle el Serasker Perter-Pachá y Mahomet Scirocco, a quien inquietaban mucho las seis formidables galeazas de los cristianos: estas embarcaciones, las mayores de su tiempo, montaban veinte cañones y rompían con gran facilidad cualquiera línea de batalla que se les pusiera por delante.

La arrogancia petulante de Alí-Pachá llegó entonces a la insolencia: rióse de los temores de aquellos veteranos y presentó al Consejo los informes de los exploradores Kara-Kodja y Kara-Djali, corsarios berberiscos que había mandado él a reconocer en Corfú la flota cristiana: según ellos era ésta tan inferior en número y fuerzas, que difícilmente podría resistir el primer empuje de los turcos. Ignoraba sin embargo Alí que aquel recuento de sus espías había sido hecho mientras la vanguardia de D. Juan de Cardona y la retaguardia del Marqués de Santa Cruz se

hallaban destacadas en Tarento con algunas otras naves, y que restaban por lo tanto de la flota de la Liga los corsarios exploradores más de setenta galeras. Estribaba, pues, la confianza de los dos Generalísimos, Alí-Pachá y D. Juan de Austria, en un engaño del mismo género. D. Juan suponía separadas de la flota turca y camino ya de Argel o de Trípoli las ciento diez galeras de Aluch-Alí, el tiñoso; y Alí-Pachá no contaba con D. Juan de Cardona ni con el Marqués de Santa Cruz, ni su ignorancia en cosas de mar, qua era mucha, le dejaba comprender bien la importancia de aquellas seis galeazas de que tanto recelaba el viejo Mahomet Scirocco.

Agriaron estas opiniones encontradas la contienda entre los caudillos otomanos, hasta que Aluch-Alí le puso término diciendo:

—Callo y estoy pronto, porque escrito está que la juventud de un Capitán Pachá pese más que mis cuarenta y tres años de campañas. Pero te has burlado de los berberiscos, Pachá... Acuérdate cuando arrecie el peligro.

Y dicho esto con impasible gravedad oriental, marchóse Aluch-Alí a disponer su flota. Quedó entonces todo el campo por Alí-Pachá; mas todavía, y más por el bien parecer que por abrigar el recelo o desconfianza, quiso éste enviar el corsario Kara-Kodja a un nuevo recuento de las fuerzas enemigas. Salió, pues, de Lepanto el pirata berberisco con dos galeras y comenzó a navegar cautelosamente en busca de la flota aliada. Había ésta atravesado el largo y estrecho canal de Ítaca el día 5, teniendo que refugiarse por el mal tiempo en la ensenada de Pilaros, que se abre al extremo septentrional de la gran bahía de Samos, en Cephalaria. Proponíase D. Juan de Austria alcanzar las islas Curzolari, por el Norte: guarecerse entre aquellos islotes para dar descanso a la chusma el día 6, y doblando repentina-

mente el cabo Scropha el 7, sorprender a la flota turca anclada en Lepanto. Kara-Kodja entró atrevidamente en el canal de Ítaca con sus dos galeras y descubrió a la flota aliada en Pilaros: mas habíase aventurado tanto el osado corsario, que descubierto a su vez por los cristianos diéronle caza, y solo al esfuerzo enorme de sus remeros y al viento que le favorecía debió el escapar de sus manos. Qui-so Dios sin embargo cegar también esta vez al pirata berberisco, y en la prisa y turbación de su fuga ocultáronse a sus penetrantes ojos una porción de barcos abrigados en un repliegue de la bahía. Creyó, pues, Kara-Kodja que la flota no había variado desde que la reconociera él en Corfú en ausencia de la vanguardia y retaguardia, y volvió triunfante a Lepanto, firme en su engaño, anunciando a Alí-Pachá que los cristianos estaban en Philaros de Cephalaria, y que en nada habían disminuído las ventajas enormes que sobre ellos tenía la flota turca.

No se hizo Alí Pachá repetir la noticia y apresuróse a zarpar de Lepanto para ir a fondear en la bahía de Calydón, a la salida ya del golfo, distante tan solo doce millas de aquel funesto cabo Scropha, que los mismos turcos habían de rebautizar al día siguiente con el siniestro nombre de *Cabo Sangriento*. Había D. Juan fondeado mientras tanto en el puerto de Petala, a siete millas del cabo Scropha, por el lado opuesto, sin sospechar todavía la proximidad del enemigo. Venían, pues, a quedar ambas flotas una a un lado y otra al otro del funesto cabo, como dos enemigos que atraídos por el odio se acechan, se acercan sin conocerlo, se emboscan y se encuentran de repente frente a frente sin esperarlo, al doblar ambos a la vez la misma esquina. D. Juan creía a los turcos en Lepanto. Alí se figuraba aún a los cristianos en Cephalaria y allí iba a buscarlos.

Al amanecer del día 7 de Octubre de 1571 mandó don

Juan de Austria zarpar la flota del puerto de Petala y adelantarse con grandes precauciones por el canal que forman las costas de la Grecia con la isla de Oxia, última de las Curzolari: a la altura del cabo Scropha hizo seña el vigía de la Real de que se hallaban dos velas a la vista. Pobláronse al punto de curiosos mástiles y vergas; mas ya no eran dos velas las que se veían; eran docenas y docenas que se destacaban sobre el azul del cielo y el azul de las olas, como bandada de blancas gaviotas volando a flor de agua... No había duda; el enemigo estaba a la vista. Los dos matones en acecho se encontraban frente a frente al volver la misma formidable esquina. Eran entonces la siete de la mañana.

Mandó al punto D. Juan de Austria a su piloto Cecco Pizano desembarcar en uno de aquellos altos islotes para observar desde allí las fuerzas enemigas. Abarcábase desde aquella altura todo el amplio golfo y en él vió Pizano adelantarse la flota turca casi una mitad más numerosa de lo que se la suponía, empujada por una brisa favorable que embarazaba y entorpecía al mismo tiempo las maniobras de los cristianos. Angustióse a esta vista el piloto, y ya de vuelta en la Real a nadie osó comunicar en aquel momento crítico tan temerosa nueva, y limitóse a decir al oído del Generalísimo:—«Sacad las garras, señor, que ruda ha de ser la jornada».—No parpadeó siquiera D. Juan al oírle, y como en aquel momento le preguntasen algunos de sus Capitanes si no celebrarían un último Consejo, contestóles serenamente:

—Ya no es tiempo de razonar sino de combatir.

Y mandó en el acto disparar un sacre en la Real y enarbolar en el estanterol una bandera blanca, que era la señal convenida desde Mesina para formar en batalla.



X



A serenidad de ánimo en presencia del peligro fué desde su niñez una de las grandes cualidades de D. Juan de Austria, y no le faltó un punto en aquel momento crítico de su vida. Guardóse de comunicar a nadie las zozobras y temores que las razones de Cecco Pizano le inspiraron, y sin perder un segundo comenzó a tomar sus medidas con esa inteligencia y ordenada actividad propia del genio de la guerra, que todo lo abarca y previene al primer golpe de vista y excluye toda confusión al combinar y todo atropello al disponer. Mandó atracar a la Real una de aquellas galeras pequeñas de vela y remo que llamaban fragatas y servían para transmitir órdenes con gran ligereza, y embarcóse en ella con Juan de Soto y D. Luis de Córdoba para visitar una por una todas las galeras del centro y cuerno derecho: las del izquierdo encomendólas a su lugarteniente el Comendador mayor D. Luis de Requesens.

Dió el Sr. D. Juan en todas las galeras disposiciones cuya prudencia y previsión pudieron apreciarse más tarde: mandó cortar en todas ellas los altos espolones para ase-

gurar el tiro horizontal del esmeril de proa, y mandó también quitar las cadenas y dar armas y libertad a todos los galeotes condenados al remo por delitos comunes, prometiéndoles el indulto si daban buena cuenta en la pelea. Lloraban aquellos infelices y abrazábanse a los cómitres que les entregaban las armas, jurando morir, como en efecto murieron los más de ellos, por la fe, por el Rey y por don Juan de Austria... Mandaba también en todas las galeras subir sobre cubierta los mejores víveres que se guardaban en la cala y muy razonables zaques de vino para repartirlos entre la chusma, y entonces era cuando se mezclaba entre ella para arengarla y animarla. Iba D. Juan sin armar todavía, con un crucifijillo de marfil en la mano, que regaló más tarde a su confesor Fray Miguel Serví y se conservó en el convento de Jesús, extramuros de Palma de Mallorca, hasta 1835. Sus pláticas no eran pulidas, ni sus razones intrincadas: decíales tan solo que peleaban por la fe y que no había cielo para los cobardes... Mas decíalo todo ello con tanta verdad y gracia y saltárale tan de lo hondo sus afirmaciones y promesas, que a todos les entusiasmaba y disponía al heroísmo, como si infiltrara en ellos el temple de su grande alma. Dábales a unos medallas, a otros monedas, a otros escapularios y rosarios, y cuando ya nada tuvo que dar dióle a uno su sombrero y repartió entre otros dos sus guantes. Y como ofreciese un Capitán al galeote que lo había recibido, cincuenta ducados por uno de aquellos guantes, negóse él prontamente y prendiólo en su bonetillo como si fuera el más rico plumaje.

A las once de la mañana hallábanse las dos flotas frente a frente, a una legua escasa de distancia. Pudo entonces Alí-Pachá comprender de un solo golpe toda la extensión de su yerro, viendo desembocar por el estrecho canal de Oxia naves y más naves con las que él no había contado;

y cuenta Marco Antonio Arroyo que volviéndose entonces a los cautivos cristianos atados al banco díjoles muy pálido, entre suplicante y espantado:—«Hermanos, haced hoy lo que sois obligados por el buen tratamiento que os he hecho, que yo os prometo que si tengo victoria daros he libertad: y si hoy es vuestro día, Dios os lo dé».—Propúsole entonces el astuto Aluch Alí virar de bordo para atraer la flota cristiana bajo los fuegos de la entrada del golfo: mas contestóle el orgulloso jefe otomano que jamás ofrecerían las galeras del Padischah, bajo su mando, ni aun la apariencia de una fuga.

Maniobraban ya mientras tanto las dos flotas para formarse en batalla, suelta en el libre mar, ligera y favorecida por el viento, la otomana: pesada, oprimida entre los escollos y peñas que rodean por allí las Curzolari, y embarazadas por el viento contrario, la de los cristianos. Apoyaba ésta su cuerno izquierdo en la costa, estrechándose contra ella cuanto el fondo permitía para impedir el paso de galeras turcas que pudieran atacar por la espalda. Formábanlo cincuenta y tres galeras al mando de Agostino Barbarigo, cuya galera iba la primera o sea como guía hacia el lado de tierra: la guía del otro lado llevábala Marco Quirini con la tercera Capitana de Venecia. El cuerno derecho, por el contrario, internábase en el mar; formábanlo cincuenta y seis galeras y mandábalo y gufaba al mismo tiempo el extremo derecho Juan Andrea Doria, cuya Capitana llevaba por farola una gran esfera de cristal con aros dorados: el izquierdo lo guiaba D. Juan de Cardona con la Capitana de Sicilia. Entre estos dos cuernos o alas formábase el centro o cuerpo de batalla con sesenta y dos galeras: en medio estaba la Real de D. Juan de Austria, flanqueada a derecha e izquierda por las Capitanas de Marco Antonio Colonna y Sebastián Veniero y defendida su popa por la Patrona

de D. Juan y la Capitana del Comendador Mayor D. Luis de Requesens, que no quiso apartarse un momento del Generalísimo: los dos extremos del centro guiábanlos, el izquierdo, la Capitana de Bautista Somellino, y el derecho la Capitana de Malta, mandada por el Prior de Mesina Fra Pietro Giustiniani. Detrás del centro, y a conveniente distancia, alineábanse las treinta galeras de reserva mandadas por el Marqués de Santa Cruz. No quedaba entre galera y galera más hueco que el necesario para maniobrar, y ocupaba en el mar la línea total de la flota aliada una extensión de dos kilómetros y medio. Una milla más adelante de la línea de batalla formaban las seis galeazas, correspondiendo dos a cada parte de la flota.

De idéntico modo había dispuesto Alí-Pachá la suya: apoyaba también en la costa su cuerno derecho mandado por Mahomet Scirocco y compuesto de cincuenta y seis galeras. Entraba el izquierdo igualmente en el mar, formado por noventa y tres galeras, a las órdenes de Aluch-Alí, el tiñoso; y en la mitad del centro formado por noventa y cinco galeras, adelantábase la de Alí-Pachá, enorme, altísima de puntal, con cinco grandes farolas doradas en la popa, y muy pertrechada de artillería, de genízaros que pasaban de quinientos y de turcos Epacos, bravísimos flecheros y escopeteros que formaban la flor de su gente. Rodeábanla y defendíanla otras siete galeras de fanal, de las cuales era la más fuerte y mejor equipada la del Serasker Perter-Pachá. Detrás del centro alineábanse, lo mismo que en la flota aliada, treinta galeras de reserva. El espacio que dejaban entre sí las galeras era el mismo en ambas flotas, y ocupaba en el mar la línea de batalla turca cinco kilómetros. Quedaban, pues, las dos armadas formando cada una tres cuerpos diversos, que tenía cada cual su contrario frente a frente. El de Barbarigo era Mahomet Scirocco; el de D. Juan de

Austria, Alí Pachá, y el de Juan Andrea Doria éralo Aluch-Alí, el tiñoso, el verdadero y temible Capitán con que contaban los turcos.

Había la visita de D. Juan despertado el entusiasmo en las galeras, y hechos ya todos los preparativos, solo se esperaba en ellas la señal del combate. También el Generalísimo había hecho en la Real los suyos: mandó lo primero desembarazar en lo posible la cubierta para hacer plaza de armas espaciosa en qué pelear, y distribuyó atinadamente los cuatrocientos veteranos del regimiento de Cerdeña que tenía a bordo. Confió la defensa de las rumbadas o castillos de proa a los Maestres de Campo D. Lope de Figueroa y D. Miguel de Moncada, y a Andrés de Mesa y Andrés de Salazar; la medianería a Gil de Andrade; el fogón a D. Pedro Zapata de Calatayud; el esquife a D. Luis Carrillo; la popa a D. Bernardino de Cárdenas, D. Rodrigo de Mendoza Cervellón, D. Luis de Cárdenas, D. Juan de Guzmán, D. Felipe Heredia y Rui Díaz de Mendoza; y como principal defensor de la galera y verdadero Generalísimo de la batalla, hizo colgar en el estanterol, dentro de una caja de madera, el Crucifijo de los moriscos rescatado por Luis Quijada, que siempre llevaba consigo.

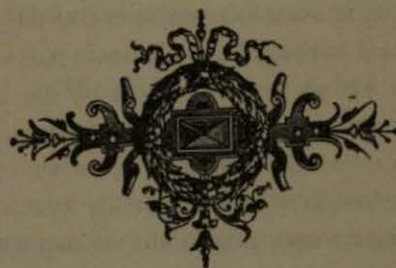
Seguía D. Juan desde la popa las maniobras de ambas armadas, y para no perderlas de vista un momento, comenzó a armarse allí mismo, bajo el toldillo de damasco encarnado y blanco que había a la entrada de su cámara: púsose un fuerte arnés pavonado en negro y claveteado todo de plata: llevaba debajo de la coraza el *lignum crucis*, regalo de San Pío V, y encima el toisón de oro, que según los estatutos de esta orden debe llevar siempre puesto el caballero que entra en batalla. Acababa D. Juan de armarse cuando observó que Juan Andrea Doria entraba demasiado en el mar el cuerno derecho que mandaba, dejando

entre el extremo izquierdo de éste y el centro de batalla una ancha brecha: observó también que Aluch Alí seguía paralelamente la maniobra de Doria con el cuerno izquierdo turco y comprendió al punto la astuta estrategia del renegado tiñoso. Pretendía éste, y lo iba consiguiendo, apartar insensiblemente el cuerno derecho cristiano del centro, para introducir luego rápidamente sus naves más ligeras por la brecha que quedaba, y rodearle y aislarle por completo. Apresuróse D. Juan a enviar a Doria una fragata avisándole el lazo en que con riesgo manifiesto de comprometer la batalla iba cayendo: mas ya era tarde por desgracia, y la fragata no tuvo tiempo de recorrer las tres millas que de Doria la separaban.

Veníase encima mientras tanto la flota turca a toda vela, impulsada por un viento favorable, espantosa, imponente, y veíasela ya a media milla de la línea de galeazas y solo a otra milla más de la línea de batalla de los cristianos. Don Juan no quiso esperar más: santiguóse humildemente y mandó disparar en la Real el cañonazo de desafío y enarbolar en la popa el estandarte azul de la Liga, que se desarrolló majestuosamente como un pedazo de cielo sobre el cual se destacase la imagen del Crucificado. Un momento después contestó la galera de Alí con otro cañonazo aceptando el reto, y enarbolaron en su popa el estandarte del Profeta, guardado en la Meca, blanco, de gran tamaño, con ancha cenefa verde, y bordados en el centro versículos del Alkorán con letras de oro. En el mismo momento acaeció un fenómeno, sencillísimo en cualquiera otra ocasión, pero que por hartas razones tívose en aquélla por prodigio: cayó de repente el viento hasta quedar todo en calma y comenzó luego a soplar favorable para los cristianos y contrario a los turcos. Parecía como si hubiese resonado allí aquella voz que dijo al mar—calla—y al viento—sosiégate.—El

silencio fué entonces profundo, oíase tan solo el rumor de las olas que se arremolinaban en las proas de las galeras y el ruido de las cadenas que agitaban al remar los esclavos cristianos.

Fray Miguel Serviá bendecía desde el estanterol a todos los de la flota y dábales la absolución general en la hora de la muerte. Eran entonces las doce menos cuarto.





XI

DISPARÓ el primer cañonazo la galeaza Capitana, mandada por Francisco Duodo, y arrancó de cuajo la mayor de las cinco farolas que coronaban la popa en la galera de Alí Pachá: el segundo destrozó las rumbadas de una galera próxima, y el tercero echó a pique una fusta que se adelantaba para trasmitir órdenes. Hubo entonces un movimiento espontáneo de retroceso en toda la línea turca, que el valor de Alí Pachá refrenó al instante. Abalanzóse a la caña del timón, y con la rapidez de una flecha hizo pasar *La Sultana* por entre las galeazas sin disparar un tiro: siguióle toda la flota, rota ya y deshecha su línea de formación, pero dispuesta a unirse otra vez salvado aquel obstáculo, como se unen las aguas de un río después de pasados los postes de un puente que les detienen y dividen. Comenzó el choque entre ambas armadas por el cuerno izquierdo cristiano y el derecho turco. Atacóle Mahomet Scirocco por el frente con tal rabia y empuje, y tal alboroto de gritos y salvajes alaridos propios de

los turcos cuando combatían, que logró atraer la atención sobre un solo punto, y deslizar mientras tanto por el lado de tierra algunas de sus galeras ligeras que atacaron por la popa la Capitana de Barbarigo: vióse entonces éste en gravísimo aprieto, porque la galera de Mahomet Scirocco había abordado la suya por la proa y entrábanse ya los turcos hasta el árbol de mesana: defendíanse los cristianos como fieras acorralados en la popa, y Barbarigo mismo desde el castillo les dirigía y animaba. Tenía alzada la visera del casco, y recatábase con la rodela de la nube de flechas que cruzaba los aires. Descubrióse un momento para dar una orden y entróle una por el ojo derecho y se le clavó en el cráneo. Murió al día siguiente.

Corrióse entonces el gravísimo riesgo de que apoderados los turcos de la Capitana veneciana, destrozasen todo el cuerno izquierdo y arremetiesen después contra el centro por el flanco y por la popa, haciéndosele entonces fácil la victoria. Marino Contarini, sobrino carnal de Barbarigo, conjuró el peligro. Abordó la galera de su tío por la banda de babor con toda su gente y trabóse sobre la Capitana la pelea más furiosa quizá que registra aquella jornada memorable. Todo era allí rabia, todo ira, todo era carnicería, todo espanto: hasta que arrojado Mahomet Scirocco de la Capitana veneciana y acorralado a su vez en la suya propia, sucumbió al fin a sus heridas agarrado a una borda: allí le degollaron y le arrojaron al agua. Cundió entonces el espanto entre los turcos, y volviendo las proas a tierra las pocas galeras que quedaron libres, allí encallaron, salvándose a nado su diezmada gente.

No tuvo tiempo D. Juan de hacerse cargo de aquel peligro, ni de aquella catástrofe, ni de aquella victoria, porque todas estas fases del combate las tenía ya él encima. Cinco minutos después de haber caído Mahomet Scirocco sobre

Barbarigo, caía sobre él Alí-Pachá con todo el ímpetu de su odio, de su furor, de su deseo de gloria. Veíasele verdaderamente arrogante sobre el castillo de popa, de pie, con un riquísimo alfanje en la mano, vestido un caftán de brocado blanco tejido de seda y plata, y una celada de acero pavonado bajo el turbante con inscripciones de oro y pedrería de turquesas, rubíes y diamantes, que despedían vivos reflejos a la luz del sol. Avanzaban igualmente los dos cuerpos de batalla, sin reparar en lo que a izquierda y derecha sucedía, y en medio las dos galeras de los Generalísimos, en silencio, sin disparar un tiro ni hacer otra maniobra que la de marchar siempre adelante. A media galera de distancia ambos navíos, disparó *La Sultana*, de Alí-Pachá a quema-ropa tres cañonazos: el primero destrozó las rumbadas de babor de la Real y mató algunos remeros: el segundo atravesó el esquife y el tercero pasó sobre el fogón sin hacer daño a nadie. Contestó la Real barriendo con sus fuegos la popa y la crujía de *La Sultana* y una negra y espesa humareda envolvió al punto a turcos y cristianos, al cielo y al mar, a barcos y combatientes. Oyóse entonces dentro de aquella nube negra, que parecía vomitada del infierno, un crugido inmenso y horrendos alaridos, y viéronse saltar entre el espeso humo de la pólvora, astillas, hierros, remos rotos, armas, miembros humanos, cuerpos destrozados, que se alzaban en el aire y caían luego al mar tiñéndolo de sangre. Era que la galera de Alí había embestido a la de D. Juan por la proa con tan espantoso empuje, que el espolón de *La Sultana* entró en la Real hasta el cuarto banco de remeros: la violencia del golpe produjo naturalmente en ambas galeras un movimiento de retroceso: mas ya no pudieron desasirse. Habíanse enredado por las jarcias y aparejos e inclinábanse a babor y a estribor con espantosos crugidos y horribles balanceos, pugnando por

desasirse, sin conseguirlo, como dos gladiadores que, separados los cuerpos, se asen, se estrechan y se traban por las cabelleras. Mandó D. Juan desde el estanterol donde se hallaba, al pie del estandarte de la Liga, echar los garfios por las proas, y afianzadas ya las dos galeras, convirtiéronse en un solo campo de batalla. Lanzáronse como leones los cristianos al abordaje destrozando cuanto se oponía a su paso, y por dos veces llegaron hasta el palo mayor de *La Sultana* y otras tantas tuvieron que retroceder, disputándose palmo a palmo, pulgada a pulgada, aquellas frágiles tablas en que no había escape, ni ayuda, ni esperanza de compasión, ni más salida que la muerte.

Reforzaron *La Sultana* con gente de refresco las galeras turcas de reserva, y animado Alí lanzóse a su vez al abordaje. Era *La Sultana* de más alto bordo que la Real, y cayeron por lo tanto en ella como catarata que se despeña desde lo alto: el choque fué tan tremendo que los Maestres de Campo Figueroa y Moncada retrocedieron con su gente y llegaron los turcos a pasar el palo trinquete. Acudió allí toda la gente de popa y D. Juan de Austria saltó desde el estanterol, con la espada en la mano, peleando como un soldado para hacerles retroceder. Este fué el momento crítico de la batalla... Ya no había línea, ni formación, ni derecha, ni izquierda, ni centro: sólo se veía en cuanto del mar abarcaban los ojos, fuego, humo, y pelotones de galeras en medio, trabadas entre sí, vomitando fuego y muerte, con los palos y los cascos erizados de flechas, cual enormes puercos-espines que erizasen sus puas para defenderse y acometer: matar, herir, prender, animar, quemar era lo que se veía por todas partes, y caer al agua cuerpos muertos y cuerpos vivos, árboles, entenas, jarcias, cabezas arrancadas, turbantes, aljabas, rodela, espadas, cimitarras, arcabuces, carcajes, cañones, flechas, cuantos instrumentos tenían en-

tonces a su alcance la civilización y la barbarie para matarse y destruir.

En tan crítico momento desprendióse con esfuerzo sobrehumano una galera de aquel caos de horrores y lanzó su proa con la violencia de formidable catapulta disparado por titanes, contra la popa de la galera de Alí, entrándole el espolón hasta el tercer banco de remeros. Era Marco Antonio Colonna que acudía en auxilio de D. Juan de Austria: al mismo tiempo ejecutaba igual maniobra por uno de los flancos el Marqués de Santa Cruz. El refuerzo era grande y oportuno: pero todavía lograron los turcos retirarse a su galera en buen orden y haciendo estragos: mas estrujados allí materialmente por las gentes de Colonna y Santa Cruz, rebotaban por las bandas y caían al agua muertos y vivos, trabados turcos y cristianos, peleando hasta lo último con las uñas y los dientes, y destrozándose hasta por debajo del ensangrentado oleaje.

En aquel remolino de desesperados pereció Alí al lado del timón: unos dicen que se degolló así mismo y se arrojó al mar: otros que le cortaron la cabeza y la levantaron en una pica, Mandó entonces D. Juan de Austria bajar el estandarte del Profeta, y entre gritos de—¡Victoria!—izaron en su lugar la bandera de la Liga.

Hallábase herido D. Juan en una pierna (1): mas sin cojear siquiera subió al alcázar de popa de la galera rendida para hacerse cargo desde allí del estado de la batalla. En el cuerno izquierdo huían en aquel momento para tierra las pocas galeras que quedaban de Mahomet Scirocco, y veíaselas encallar violentamente en los bajíos y arrojarse a nado

(1) «Yo saqué sin saber cómo una cuchillada pequeña en un tobillo; pero nada se debe sentir considerando tan felices sucesos» (Carta de don Juan de Austria al Prior D. Hernando de Toledo sobre la batalla de Lepanto, existente en el archivo de Alba.)

las tripulaciones. No sucedía por desgracia lo mismo en el cuerno derecho: engañado Doria por las falsas maniobras de Aluch-Alí, siguió internándose en el mar y abriendo cada vez más ancha brecha entre el ala derecha y el centro: la orden de D. Juan de Austria mandándole retroceder no llegó a tiempo. Limitábase Aluch-Alí mientras tanto a observar la maniobra de Doria siguiéndola paralelamente sin cuidarse de atacar; hasta que de repente, juzgando ya sin duda el hueco hartamente ancho, viró a la derecha con rapidez maravillosa y lanzó toda la masa de la flota por la peligrosa brecha, aplastando literalmente aquellos dos extremos que quedaban descubiertos: el desastre fué terrible y la matanza espantosa. En la Capitana de Malta solo tres hombres quedaron con vida: el Prior de Mesina Fra Pietro Giustiniani, con cinco flechas clavadas: un caballero español con ambas piernas rotas, y otro italiano con un brazo separado de un hachazo. En la Capitana de Sicilia cayó herido don Juan de Cardona, y de quinientos hombres que llevaba quedaron cincuenta. *La Fierenza* y *La San Giovanni*, del Papa, y *La Piamontesa*, de Saboya, sucumbieron sin rendirse, en sus puestos diez galeras se habían ido ya a pique: una ardía hasta consumirse y doce flotaban como boyas, sin dirección ni rumbo, desarboladas, repletas de cadáveres, esperando a que el vencedor, que lo era Aluch-Alí en aquel momento, les echase las amarras y las remolcase como trofeos y botín de guerra. Espantado Doria del desastre volvió a toda prisa al lugar de la catástrofe: mas ya le había precedido D. Juan de Austria. Sin reparar en nada mandó el Generalísimo cortar las amarras a doce galeras que remolcaban ya a las vencidas, y herido él, sin descansar de las fatigas de su propia lucha, lanzóse con ellas en auxilio de los que sucumbían. «¡Ah valiente Generalísimo! exclama aquí el Almirante Jurien de la Gravière en su pre-

cioso estudio sobre la batalla de Lepanto; a él debía ya la Armada su victoria y a él iba a deber su salvación lo que quedaba del ala derecha». Siguióle el Marqués de Santa Cruz con toda la reserva, y a la vista de este esfuerzo ya victorioso, comprendió Aluch-Alí que le arrancaban de las garras la presa.

Solo pensó entonces el astuto renegado en salvar su vida y lo hizo, como él solo fuera capaz de hacerlo: metió en su galera a su hijo, y seguido de otras trece, lanzóse como una exhalación por delante de las proas enemigas antes de que pudieran envolverle y huyó a la desesperada con rumbo a Santa Maura, sueltas todas las velas, empuñando él la caña del timón, bogando los infelices remeros con la cimitarra a la garganta para que no aflojasen, para que no respirasen un segundo, y antes que cejar rindiesen allí el último aliento.

Pasado el primer instante de estupor, lanzáronse detrás el Marqués de Santa Cruz y D. Juan de Austria: mas la ventaja que les llevaba Aluch-Alí crecía por momentos, comenzaba ya a caer la tarde, y la tempestad, que amenazaba desde las doce, soplaba ya sus primeras ráfagas y hacía oír sus primeros truenos. Escapó, pues, el famoso renegado en alas de la tempestad, como si la cólera de Dios le protegiese y le guardara para castigo y azote de otros pueblos.

Este fué el último tercio de la batalla de Lepanto: *la mayor jornada que vieron los siglos*, según asegura un testigo y actor que derramó en ella su sangre: Miguel de Cervantes Saavedra.

Eran entonces las cinco de la tarde del 7 de Octubre de 1571.





XII

EN la tarde de aquel mismo día 7 de Octubre de 1571 paseábase San Pío V por una cámara del Vaticano oyendo la relación que le hacía su tesorero Mons. Busotti de Bibiana de varios asuntos confiados a su cargo: padecía el santo anciano horrendos ataques de piedra, y como le arreciase de ordinario el mal estando sentado, solía recibir y despachar las más de las veces de pie o paseando. Detúvose de repente el Papa en mitad de la estancia y alargó el cuello en la actitud del que escucha, haciendo al mismo tiempo a Busotti señal de que callase. Acercóse después de breve rato a una ventana y abrióla de par en par, asomándose a ella siempre en silencio y en la misma actitud escudriñadora. Mirábalo asombrado Busotti, y su extrañeza se convirtió en pavor al ver que el rostro del anciano Pontífice se transfiguraba de repente, que sus llorosos ojos azules se volvían al cielo con expresión inefable, y que sus manos juntas se elevaban, ligeramente temblo-

rosas: erizóronse los cabellos a Busotti comprendiendo que sucedía allí algo sobrenatural y divino, y así permaneció más de tres minutos, según depuso después con juramento el mismo tesorero. Arrancóse al cabo de éstos el Papa de su arrobamiento, y con el rostro radiante de júbilo dijo a Busotti:

—No es hora esta de tratar negocios... Demos gracias a Dios por la victoria alcanzada sobre los turcos...

Y retiróse a su oratorio, dice Busotti, dando tropiezos y saliéndole de la frente lumbres muy bellas. Apresuróse el tesorero a dar cuenta de lo que sucedía a varios Prelados y Cardenales, y mandaron éstos al punto extender acta de todo ello, marcando las circunstancias de lugar y tiempo, y depositarla sellada en casa de un notario. El 26 de Octubre llegó a Roma un mensajero del Dux de Venecia, Mocenigo, para anunciar al Papa la victoria de Lepanto, y tres o cuatro días después llegó también el Conde de Priego, enviado por D. Juan de Austria, para darle cuenta de todas las circunstancias de la batalla. Hízose entonces el cómputo de horas según los diversos meridianos de Roma y las islas Curzolari, y resultó que la visión del Papa anunciándole el triunfo de Lepanto, tuvo lugar en el momento en que saltaba D. Juan de Austria del estanterol con la espada en la mano para rechazar a los turcos que invadían su galera, y atacaban *La Sultana* por el flanco y por la popa el Marqués de Santa Cruz y Marco Antonio Colonna. Dióse entonces a este suceso grande importancia, y figuró más tarde con todas sus pruebas y documentos en el proceso de canonización de San Pío V, de donde lo tomamos nosotros.

Mientras tanto era otra providencia de Dios que la tempestad que ponía en salvo al renegado Aluch-Alí, no acabase de destrozar la Armada de la Liga. Vagaban sin cuidado todas las galeras por el anchuroso golfo, ocupadas en

remediar del mejor modo posible sus enormes averías, en colocar a los heridos, maniatar a los cautivos turcos y recoger y asegurar el inmenso botín que ofrecían las ciento setenta y ocho galeras ganadas al enemigo. Nadie se acordaba del peligro, ni se cuidaba tampoco sino de saborear el triunfo. Velaba sin embargo por todos el Generalísimo, y de repente mandó disparar en *La Real* el cañonazo de alarma: repitieron las Capitanas la misma pavorosa seña, y a toda prisa, a la fuerza, a empujones, si así fuera posible decirlo, recogió D. Juan delante de sí aquel desbandado rebaño y lo encerró, cual en un redil, en el próximo puerto de Petala. Ya era tiempo: el temporal se desató violento y terrible y durante toda aquella noche barrió aquellos mares con espantosa furia. Sin la prudencia de D. Juan, la victoria de Lepanto hubiera quedado reducida indudablemente y en sentido inverso, a lo que fué la batalla de Trafalgar dos siglos y medio más tarde: ésta fué un glorioso desastre; aquélla hubiera sido una desastrosa gloria.

Al día siguiente, muy de mañana, visitó D. Juan de Austria todas las galeras, una por una, consolando y asistiendo a los heridos, y haciendo el recuento de las pérdidas sufridas. Perdieron los cristianos en la batalla de Lepanto quince galeras y muy cerca de ocho mil hombres: de éstos eran dos mil españoles: ochocientos del Papa, y los demás venecianos. De la Armada turca sólo se salvaron treinta galeras: fuéronse a pique en el golfo noventa, y las ciento setenta y ocho restantes quedaron en poder de los cristianos, con ciento diez y siete cañones gruesos y doscientos cincuenta de menor calibre. Al mismo tiempo quedaron en libertad más de doce mil cristianos cautivos que llevaban los turcos remando en sus galeras. Estos infelices, ebrios de dicha, ofreciéronse espontáneamente y con el mayor entusiasmo a cubrir en la flota cristiana las bajas de muer-

tos y heridos, así en la gente de combate como en la chusma.

El reparto de los despojos hizolo el Sr. D. Juan según lo estipulado en los artículos de la Santa Liga, de la siguiente manera:

Al Papa veintisiete galeras, nueve cañones gruesos, tres pedreros, cuarenta y dos sacres y doscientos esclavos.

Al Rey Católico la galera *Sultana* de Alí Pachá con otras ochenta y una, sesenta y ocho cañones grandes, doce pedreros, ciento sesenta y ocho sacres y tres mil seiscientos esclavos.

A Venecia cincuenta y cuatro galeras, treinta y ocho cañones, seis pedreros, ochenta y cuatro sacres y dos mil quinientos esclavos.

A D. Juan de Austria tocábale como Generalísimo la décima de todo; mas solo tomó diez y seis galeras, setecientos veinte esclavos y una por cada diez piezas de artillería. Tocóle entre los cautivos el ayo de los hijos de Alí Pachá, Alhamet, preso con éstos por Marco Antonio Colonna en la galera del Rey de Negroponto, donde se habían refugiado después de haberse ido a pique la suya propia.

Desde Santa Maura envió el Sr. D. Juan al Rey su hermano al Maestre de Campo D. Lope de Figueroa: con éste iba también su correo Angulo llevándole el estandarte del Profeta que llamaban *Sanjac*, cogido en la galera de Alí. Al Papa envió el Conde de Priego: al Emperador Maximiliano II de Austria a D. Fernando de Mendoza, y a la Señoría de Venecia, para darle la enhorabuena, a D. Pedro Zapata de Calatayud.

No se olvidó D. Juan de Austria, en la embriaguez del triunfo, de su tía D.^a Magdalena de Ulloa, y al mismo tiempo que al Papa, al Rey, al Emperador y a la Señoría, envióle a ella a Jorge de Lima, llevándole de su parte lo que

más podía satisfacer su corazón de cristiana, de española y de amantísima madre: el *lignum crucis*, regalo de San Pío V, que había llevado él en la batalla de Lepanto, y una bandera turca arrancada por él mismo en la galera del Serasker (1).

(1) Consérvanse los restos de esta bandera, maltratadísimo por el tiempo, en la iglesia de San Luis de Villagarcía, donde la mandó colocar con grande pompa D.^a Magdalena de Ulloa. Hállase colgada en la bóveda del crucero, al lado de la epístola: en el del Evangelio hay otra bandera igualmente maltratada, cuya procedencia no hemos podido averiguar; pero que indudablemente debió ser alguna de las ganadas por Luis Quijada o D. Juan de Austria en sus diversas campañas.

